



## Hojas de reflexión

El éxodo del amor descentra al pastor hacia los más débiles y necesitados. Por la fe, comulga con el dinamismo del amor divino, que no cesa de hacer suya la causa de los humillados y oprimidos. Su defensa en el seno de la comunidad se completa por un trabajo incesante, a fin de que ésta los coloque en el centro de su vida y acción, hasta llegar a una solidaridad efectiva con los que no cuentan. Los pobres han de ser centro vital de la existencia del pastor y de la comunidad, pues con ellos se identifica Cristo de manera especial.

Solidaridad, comunión y obediencia son expresión del ágape en la existencia del Buen Pastor. Solidario de la condición humana, viene en nuestra «carne de pecado». Su misión se realizó en la comunión y conduce a la comunión con el Padre: «Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno; yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tú me has enviado» (Jn 17,22-23). Para hacerles pasar a la comunión, Jesús hizo de la voluntad del Padre su comida. El secreto de su fecundidad se encuentra en la comunión filial y en la obediencia hasta la muerte. Nuestra fecundidad apostólica pasa también por una real solidaridad con los hombres, por la comunión en el Pueblo de Dios y en el seno de nuestros presbiterios, así como por la obediencia libre y responsable de la fe a nuestros obispos, de quienes el Espíritu nos ha hecho «próvidos cooperadores». Por la Ordenación sacerdotal, los presbíteros formamos una fraternidad sacramental. Si queremos desarrollarla con verdad y eficacia, ayudémonos a ahondar en las raíces de nuestro ministerio y desarrollemos su dinamismo teologal en nuestras relaciones y funciones.

### El éxodo del Pastor.

(de A. BRAVO, «Hacia una vivencia más teologal del ministerio presbiteral», en *Sal Terrae* 6 (1996) 459-73)

El verdadero profeta no preconiza soluciones inmediatas ni acepta alianzas engañosas; su trabajo consiste en establecer la esperanza en el corazón de sus hermanos para recorrer el camino. Su mensaje se apoya en la fe. El Dios de la historia prepara ya un nuevo Éxodo en medio de la Diáspora; en el invierno incuba la primavera; desde el futuro -Él es poder de futuro- sigue llevando a sus servidores, y mediante ellos al mundo, hacia su plenitud. La fe invita a la conversión y a la colaboración. Con la humildad y tenacidad del Siervo de Yahvé, estamos llamados a llevar adelante la misión.

El apóstol avanza desde el «ya» de la resurrección. El poder del Espíritu le da la posibilidad de encaminarse hacia un mañana nuevo, pues sabe por experiencia cómo su fragilidad es liberada y fecundada por él para el testimonio. La comunidad apostólica, cercada por la persecución, oraba: «Concede a tus siervos que puedan predicar tu Palabra con toda valentía» La respuesta no se hizo esperar: «Acabada la oración, retrembló el lugar donde estaban reunidos, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía» (Hch 4, 29.31). El Don de Dios no recrea necesariamente una situación confortable, pero sí hace posible abordarla con libertad y audacia.

La fe de los profetas y de los apóstoles no es evasión, sino solidaridad inquebrantable con la historia, aunque según los parámetros de Dios, tan diferentes de los de los hombres. La fe nos permite asumir los acontecimientos desde el futuro de Dios: «¿No os acordáis de lo pasado ni caéis en la cuenta de lo antiguo? He aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo conocéis?» (Is 43,18-19). Los presbíteros hemos recibido la misión de sostener la esperanza del pueblo peregrino. Misión apasionante, pero arriesgada y que nos incapacitamos para realizar si nos encerramos en nuestros problemas funcionales, existenciales o identitarios. ¿Vivimos suficientemente el riesgo, la aventura de la fe?

### *El éxodo del pastor*

«Siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda... Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio, para ser partícipe del mismo» (1 Cor 9,19.23). Quien encabeza la marcha del pueblo peregrino no puede instalarse sin traicionar su misión. Como nómada del desierto, ha de conducirlo hacia buenos pastos. Su misión, en última instancia, consiste en mantener y guiar la marcha de los hermanos hacia la Alianza del Espíritu, hacia la libertad y la paz. El camino es arduo y árido; las tentaciones y las revueltas del mismo pueblo no faltarán. El pastor debe adaptarse con paciencia, solidaridad y entereza a las diferentes etapas.

Para servir a la esperanza y la libertad de un pueblo pobre y humillado, los presbíteros estamos urgidos a vivir el éxodo del amor. Pablo, libre de todos, se hace esclavo de todos. El amor del pastor implica la solidaridad y las rupturas del Siervo de Yahvé. Hay que estar dispuestos al sacrificio de su misma integración social, si así lo requiere el servicio de la libertad de los hermanos. ¿No nos lo recuerda así la presidencia de la celebración eucarística?

La caridad pastoral es irreductible a la generosidad, aunque la incluya. La fe, principio de todo éxodo, exige de nosotros enraizarnos en la Palabra que convoca, edifica y guía al Pueblo de Dios. Amar es guiar al otro hacia y en la verdad liberadora. Verdad recibida en y de la fe del pueblo, al frente del cual Dios nos ha

constituido como sus servidores. Es necesario salir de sus opiniones, ideas y proyectos personales; incluso las propias experiencias deben ser sacrificadas para servir a la libertad y la responsabilidad de todos. La catolicidad del amor implica hacerse todo a todos. La generosidad se convierte con frecuencia en proyección de uno mismo y genera dependencias; el amor libera para la libertad.

El amor toma siempre la iniciativa. Se pone en camino para buscar a la oveja descarriada, para convocar a los excluidos, para ir a los que están lejos; en una palabra, para buscar lo perdido. La caridad no soporta que nadie se pierda: por eso es siempre misionera. Adecuar nuestra existencia presbiteral a la Eucaristía supone adentrarse en la iniciativa del ágape paterno. Tanto ama al mundo que envía a su Hijo. El servicio del amor, como lo celebramos en la Pascua, toma siempre la delantera, va más allá de las necesidades y expectativas de los hombres.

La gratuidad es otra etapa decisiva en este éxodo. El amor busca ser correspondido, pero no impone a nadie la respuesta. El dinamismo de la Alianza y de la comunión es imposible sin la libre respuesta de la persona. Cuando no se cultiva la libertad del hermano, ya no estamos en el anuncio de la Buena Noticia. Es gratuito en el amor quien se hace pastor de la libertad de los hermanos, quien vela y lucha por ella. Este amor sólo se aprende en el corazón manso y humilde del Buen Pastor. El aprendizaje del amor dura toda la existencia. El ministro de la gratuidad de Dios pone el poder o los poderes recibidos al servicio de la edificación de un pueblo de discípulos y testigos de la libertad del Espíritu.

El amor es tenaz, paciente y confiado. No cesa de buscar lo que estaba perdido. No considera a nadie irrecuperable, pues cree en el poder del Espíritu y confía en la libertad del hombre. Como el Siervo, se empeña en una lucha permanente hasta llevar a su cumplimiento la esperanza de los pueblos. Su trabajo es abrir la comunidad hacia su futuro, Dios todo en todo. Los pastores no podemos imponer ni los tiempos ni los ritmos de la conversión. Nuestro ministerio no puede realizarse más que en la fe.